

“AISEBOLADA”

Hormiguelo.—Cuando suenan las doce del medio día en el reloj de la torre, de las bocacalles al centro y del centro a las bocacalles, fluye y refluye la gente de las fábricas como hormiguitas asiduas y presurosas. A veces, este «hormiguelo» se traslada al interior de uno y nos recorren las entrañas y no sabemos si es el apetito excitado o una furtiva «mirada» lo que nos hace cosquillas; de cualquier forma algo que es Juventud.

* *

En su propia salsa.—Hay una tienda que yo conozco donde se expende la más fuerte mostaza y pimienta de la buena; sobre todo después de alguna discusión. ¡Picante, Picante!

* *

¡Hasta el corvejón!—En esas noches de lluvia, de viento y de fango, por caminos oscuros y extraviados, cuando ya la cosa no tiene remedio para la indumentaria ¡qué gusto, qué placer hundirse en los charcos, en el lodo, hasta la rodilla y cuanto más mejor!; sólo entonces solemos comprender cuál es el goce supremo de la política.

* *

Un Jueves Santo.—Un Jueves Santo y al volver de Lezo envueltos en la seda azul del atardecer muriente, se nos apareció de improviso y como al encuentro la silueta de nuestra Iglesia recubierta de púrpura como el Capuchón de un Paso en la Procesión de las Sombras, a quien le brillaba en el cucurucho un ojo icterico y somnoliento.

* *

Coro de amenazas.—Los árboles de la Alameda pequeña, en invierno y al frío de su desnudez, claman iracundos y aprietan el puño de sus copas contra los Elementos implacables.

* *

Voz de esperanza.—El niño muerto, blanco, liliat, en su cajita, como una azuzena, la madre vela su sueño y su almita, como una nube, asciende en el azul. ¡Qué miedo, quién se atreverá a certificar su muerte cuando su madre le llame, como aquella otra Madre, como todas las Madres, con voz de esperanzal ¡Sacha, Sacha, dulce hijo mío, ven!

* *

Sofoco de limitación.—En la tarde intensamente azul, Las Peñas de Aya, nítidas y luminosas, se estampan en el fondo como una decoración de teatro—enfrente duerme su sueño de megaterio el milenarío Jaizquíbel—, los dos montes, como dos guardianes, cercan nuestra perspectiva y los caminos del Espíritu. Al caer el Sol, desde un altito, vemos cómo se pueblan de luces y de sombras los vientres y nódulos de sus laderas, y los pardos, los violetas y azules se aterciopelan en sus faldas con matices infinitos. ¡A veces nuestra misma Variedad nos ahoga! ¡oh bellos y luminosos montes! y para librarnos del sofoco de vuestra Limitación escalamos y remontamos vuestras cumbres para ensanchar la mirada y el espíritu en la Eternidad del Mar y en las Rutas del Mundo y de la Cultural!

Suelo pensar con terror en ese gran peligro de encerrarse uno demasiado en sí mismo, como una solitaria en su frasco de alcohol o un caracol en su concha, hasta dar en fósil en lugar de abrirse, como las rosas, a todas las Primaveras.

* *

«Txipitos».—Los «txipitos», al encuadrar el rostro, le prestan una energía contenida, un ímpetu juvenil real-

mente encantadores... Son bellos rostros que, pintados a mi gusto, al retrato, destacan con su aire audaz y decidido. Muy en «primer término», como escapándose del cuadro llevan como fondo la claridad del dorado bosque de Larzábal, estremecido un día de Viento Sur otoñal.

* *

«A la sombra de las muchachas en flor».— ¡Cómo me gusta el aire melancólico y elegante de esa muchacha que pasa enfrente, señorial Es como un Botticelli.

—Ya veo que a usted le gustan todas.

—Desde un punto de vista artístico y especular... muchas: óvalos que tienen una cereza por boquita; ojos negros, brillantes, «zinzanos»; hoyitos sonrientes de la cara; cabelleras negras, casi azules, encrespadas y sinhilistas (radio ibéricas), la expresión de la Dolorosa; las ondulaciones de un cuerpo y los arabescos de unos hombros...; y ese talle que surge, como recién brotado, erecto, fino, vibrátil, casi aéreo, anunciando una Primavera, con la manzana en la mano... Me gustaría sumergirme en la dulce frescura de un bosque de muchachas, como los almendros, en flor, y sentir, tendido a su sombra, los sonos mágicos de la flauta del Dios Pan.

—¿Estaría reservado el derecho de admisión en el jardín?

—¡Ah! claro, y previo reconocimiento por tacto de las frentes.

* *

Paseos románticos.—El deporte ha enmudecido la Lira, el Espíritu y la Idea; ya no se escuchan palabras de Amor, ni se apasiona la Política, ni se ennoblece el Arte; se han secado las fuentes del Entusiasmo y nuestras emociones y anhelos son, como los espectros, vagos, fugitivos y sin consistencia; hay que ir a aprovecharlo todo, tiempo y espacio, de una manera rápida y banal.

Por eso, en esta hora mecánica, de penuria de Ideal, es casi un deber anunciar a las parejas de enamorados que aún quedan y gustan de decirse arrullos en parajes solitarios y encantados, que un ruiseñor canta por las noches en la enramada, junto al arroyo de Larzábal, y que pronto, pronto se enverjará la fronda de la Alameda grande quedando sus bancos en sombra al desaparecer los ojillos pitarrrosos y lacrimosos de juez chinchorrero de las luces eléctricas; no olerá más Capuchinos, y un calvario de cipreses románticos se elevará camino adelante del cementerio.

* *

Paisajes desde un quinto piso.—¿Rentería es o no bonito? Un inglés, el manfrodita Oscar Wilde, dijo que hasta que los poetas y pintores ingleses no cantaron y pintaron bellos paisajes, la Naturaleza no acertó a crearlos y fueron aquéllos unos Maestros para ésta. Entre nosotros, a pesar de la magnífica abundancia con que nos obsequia Madame Natura, sucede lo contrario; hay un desprecio, inaudito hacia ella y sólo sentimos deleite y avidez por los «paisajes» que una «casuella» nos ofrece: por las decoraciones que se formen con las «illaras», jamón, «txonco» y patatas en el ambiente caldeado y picante de las salsas con perejil y pimienta. Ahora que al lado de este inglés, ligero y frívolo como un canario, los hay (y esto nos redime algo) plúmbeos en abundancia, como aquél del café Oriental que se murió... barajando, con las cartas en la mano.

Por lo demás Rentería, desde un quinto piso, es una inmensa sartén en la que se frien nuestras vidas sin que se sepa, y es lo triste, quién la tiene por el mango y nos da, de cuándo en cuándo, una «vuelta» por los aires...

L. SAMPERIO.